

INTRODUCCION

La sociedad del conocimiento: un nuevo contexto para la Educación Superior.

En las pocas décadas que tiene la educación superior como campo de estudio en América Latina han sido diferentes los paradigmas que han servido de contexto a sus análisis. En la década de los sesenta fue bajo la perspectiva desarrollista que los especialistas hicieron aportes dirigidos fundamentalmente a la obtención y sistematización de información para los planes de expansión educativa que se estaban propugnando en esos momentos. En la década de los setenta fue la perspectiva de la teoría de la dependencia la que sirvió de manto teórico a los estudios de este nivel educativo, especialmente los relacionados con la universidad. En la década de los ochenta coincidieron, por un lado, una proliferación de investigaciones bastante atomizadas a nivel de los países, junto con la aparición de estudios comparados bajo los auspicios de organismos regionales. Si bien el contexto teórico no tuvo una identificación precisa, en forma implícita se trabajó sobre la base de la crisis -crisis de identidad, crisis de financiamiento, crisis de calidad- como categoría transversal con valor clasificatorio.

A comienzo de la década de los noventa el concepto de *crisis* se combina con el concepto de *desafío*. A su vez, crisis y desafío(s) se conjugan con los trascendentales cambios exigidos a la educación superior a nivel mundial, dentro de un nuevo contexto en el cual, irrumpe la fuerza del nuevo valor del conocimiento en la sociedad globalizante y globalizada. Dentro de este nuevo contexto afloran nuevas esperanzas pero también nuevos temores sobre la suerte social de los sistemas de educación superior de América Latina. Posibilidades nunca antes imaginadas de acceso al conocimiento; pero también peligro de nuevas formas de exclusión por imposibilidad de muchos países de no tener fácil acceso a un conocimiento cada vez más mediado por el mercado y a la vez dependiente de una tecnología cuya masificación requerirá de importantes inversiones. Estas inversiones, no solamente deberán hacerse en el ámbito de lo económico sino de manera muy particular en el ámbito de una alfabetización que requiere nuevos códigos lingüísticos y elevados niveles de preparación.

Si bien los analistas más apegados a la realidad tienden a observar con agudeza la crisis que acompaña las transformaciones y, por el contrario, los más optimistas se identifican con los beneficios que prometen los nuevos cambios, se podría decir que en América Latina es necesaria la presencia de ambas actitudes, ya que es preciso un profundo sentido de la realidad para no minimizar las limitaciones pero, por otro lado, también hace falta mucha pasión y optimismo para no dejarse amilanar por la tremenda tarea que implica enfrentar las nuevas condiciones. Es bajo este estado de ánimo - combinación de realismo con esperanza- que está pensada la mayor parte de los planteamientos que integran el presente libro.

El papel protagónico que universalmente pasa a tener el conocimiento en todos los procesos de la vida social en la presente década, especialmente dentro del actual modelo de competitividad característico de la globalización económica, está incidiendo en nuevas formas de producción, circulación, apropiación y evaluación del conocimiento en las instituciones de educación superior.

Las nuevas formas de *producción* del conocimiento, involucran fundamentalmente a las universidades que son las instituciones de educación superior donde la investigación se ha configurado como parte de su misión. Estos cambios se orientan hacia el otorgamiento de una mayor importancia a la contextualización de los saberes producidos, o lo que se ha llamado relevancia del contexto de aplicabilidad. La explosión de la información requiere nuevas estrategias constructivas entre los que producen y aquellos que se apropian del conocimiento haciendo que el mismo sea útil.

La configuración de diversos actores participando en la producción del conocimiento requerirá de formas *organizativas* horizontales, flexibles y transdisciplinarias, a diferencia de la situación anterior, donde la decisión sobre qué investigar pero sobre todo respecto a las formas de hacerlo recaían en el propio investigador. El mundo social de hoy, reclama nuevas formas de enfrentar la complejidad de lo investigado, requiere de equipos transdisciplinarios, con investigadores formados de manera interdisciplinaria. En este sentido, la profesionalización como proceso de reafirmación institucional de las disciplinas frente a las necesidades sociales de hacer uso del producto del conocimiento tenderá a ser más interdisciplinaria. Esto, junto al aumento de la proporción del trabajo simbólico que requieren las nuevas formas de producir conocimientos, repercutirá en cambios en las categorías profesionales. En las nuevas formas de *circulación del conocimiento* las fronteras entre la educación formal y la informal tienden a desvanecerse. En cuanto a los resultados de la producción de conocimientos llegarán más directamente a los destinatarios al pasar a ser éstos parte activa de su propia producción.

Todas estas transformaciones inciden en que nuevos actores se interesen por tener mayor injerencia en las instituciones de las cuales depende una alta proporción de producción y distribución del conocimiento; por lo tanto, mayores están siendo las presiones externas hacia las instituciones educativas por que éstas eleven la eficiencia, la calidad, la pertinencia y los niveles de actualización de los saberes que les corresponde construir. Las presiones por mayor eficiencia y calidad inciden a su vez en la búsqueda de mejores sistemas de organización, gestión y evaluación institucional; las presiones por mayor pertinencia y actualización inciden en la necesidad de lograr mejores articulaciones de los sistemas educativos con el mundo del trabajo y con las redes internacionales de intercambio de conocimientos.

Debido al doble efecto -positivo y/o negativo- que estos cambios pueden tener para nuestros países, es que la parte *reflexiva del conocimiento pasa a tener un rol estratégico en el proceso de configuración de las nuevas formas de producir conocimiento*. Considerar más reflexivamente el conocimiento implica pensar en su pertinencia como una condición diferenciada debido a intereses igualmente diferenciados y generadores de expectativas y perspectivas, que entran en juego en contextos de competitividad con actores también diferenciados

Las posibilidades ilimitadas de conocimiento y de información -que son la materia prima de la educación y en las que descansa el avance de la ciencia y la cultura de los pueblos, deben desarrollarse a favor de que el capital cultural (de las ciencias en sus diversas opciones disciplinarias y las tecnologías) no sea aprovechado solamente en función del capital económico (ó la ideología pura del mercado). Revertir la distancia en la distribución del conocimiento entre los países y entre grupos sociales es uno de los desafíos fundamentales, ya que hoy, más que nunca. *la redistribución del conocimiento implica redistribución de la riqueza*.

La universidad, al mismo tiempo que se transforma, debe preservar lo mejor de su tradición, que es la dedicación al saber y a la diversidad que cabe en lo universal de su misión, desde una perspectiva humana, como clave ética de lo que ha sido su dinamismo. En este sentido la relación de las instituciones educativas con la sociedad debe reforzarse y plantearse en términos donde prevalezcan los valores académicos de la investigación y la docencia y no experiencias aisladas de extensión universitaria. Para ser más productivas en su relación con la sociedad las instituciones deben estar dispuestas a conocerse mejor, y a evaluar ellas mismas el cumplimiento de sus responsabilidades frente a la sociedad. Una evaluación que no esté basada solamente en la eficiencia sino en la capacidad institucional para participar en la construcción de los nuevos cambios de largo alcance, de adoptar de manera ventajosa y crítica las nuevas tecnologías, al mismo tiempo que participar en su construcción y saber adaptarse a los nuevos procesos de cambio implicados en los nuevos conocimientos. Todo ello, en espacios estratégicos alimentados con la perenne ética de la justicia social

Sobre la base de los referentes antes expuesto, el trabajo que se presenta en este libro está organizado de la siguiente manera. En la primera parte se presentan los capítulos I y II que están orientados a la comprensión de las relaciones entre educación superior y sociedad a partir del nuevo contexto que implica una sociedad caracterizada por el vigor que adquiere la información y el conocimiento. En los últimos tiempos es una referencia constante la necesidad que tiene la universidad de conocer la dirección del cambio societal para que, de manera no refleja, pueda plantear su participación en la dirección de las transformaciones necesarias. En este sentido una de las tensiones más importantes del momento actual es constatar la distancia que existe entre entender lo que se debe hacer y las decisiones que ya se están tomando. La falta de tiempo para

reflexiones maduras es característica de momentos de transición; y, aunque la realidad siempre va antes de la reflexión, en momentos de cambios drásticos, como el presente, la reflexión debe hacer esfuerzos por acompañar las decisiones. Si bien es difícil saber hacia donde vamos, al menos es preciso tener idea de hacia donde no queremos ir. En estos primeros dos capítulos se plantea igualmente, el carácter contradictorio que caracteriza los procesos actuales de la marcha de las sociedades, donde la globalización fragmentada que se observa concentra ventajas en una porción relativamente reducida de la población mundial. Las críticas al modelo de la competitividad se orientan a considerar que el mismo no da respuestas a la co-existencia y al co-desarrollo requeridos en un mundo finito y crecientemente interdependiente e interactivo, a la vez que incapaz de reconciliar la justicia social, la eficiencia económica, la sustentabilidad ambiental, y la diversidad cultural.

En el capítulo III se presenta un análisis de la situación de la educación superior en la región, a partir de los campos de diferenciación que se han ido constituyendo en las últimas décadas, con una velocidad cada vez más pronunciada en la presente. En este sentido, el término “educación superior” tiene una connotación muy distinta en los actuales momentos a la que tenía hace apenas veinte años. No solamente ha sido la expansión del sistema en términos cuantitativos lo que la hace tan distante, sino también la diferenciación institucional que ha crecido significativamente durante los últimos años. Esto es, la diferenciación no ha sido solamente vertical, entre distintos tipos de instituciones -universidades, institutos tecnológicos, colegios universitarios, etc.; sino también horizontal, dentro del mismo tipo de instituciones -universidades públicas/privadas; complejas-simples; mega/grandes/medianas/pequeñas). Los campos de diferenciación se expresan en canales diversificados de producción, circulación y apropiación de los conocimientos, que hasta los momentos han estado separados unos de otros, formando segmentos con poco nivel de comunicación. El desafío con el que se presenta en los noventa esta diferenciación se orienta dentro de los límites de lo posible y desde la realidad de las diferencias, a minimizar las brechas de la jerarquización vertical que ha implicado desigualdades en la calidad y en el status de las instituciones. Se habla por tanto de la necesidad de crear mecanismos de articulación entre las diferentes redes existentes y elevar las bases de la cognoscibilidad, cualquiera sea el tipo de institución.

Los capítulos IV y V están abocados al análisis de los diferentes modelos de acceso al conocimiento que existen en la región, así como al conocimiento de alto nivel, los postgrados. Estas dos problemáticas configuran dos de los espacios en que los cambios en las formas de producir y hacer circular el conocimiento tienen mayor impacto. En el caso de los modelos de ingreso a la educación superior, es obvio que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación están ampliando el espacio de lo posible en términos de formas más amplias e independientes de distribución de los saberes. En el modelo de acceso al conocimiento

tradicional, las redes de distribución del conocimiento tenían sus límites; en las actuales condiciones -y considerando que el conocimiento no es un bien escaso, sino inagotable- al ampliarse las redes que lo transmiten, se amplían las posibilidades de su distribución y apropiación. Ello por supuesto siempre y cuando haya un mínimo marco de políticas explícitas dirigidas a democratizar la distribución de los saberes. En cuanto a los postgrados, no cabe duda que la estructura surgida durante las dos últimas décadas en la región, ha permitido -en algunos países- la construcción de una capacidad institucional endógena de formación de recursos de alto nivel que antes no tenía. Este avance permite que los países que más han desarrollado los postgrados (entre ellos, Brasil, México, Venezuela, Chile) dependan menos del exterior para formar sus recursos de alto nivel; sin embargo, es urgente, para la mayoría de estos programas de postgrado, repensar la manera de hacer más competitivas sus ventajas dentro de estrategias de integración de redes que optimicen los recursos de los programas, dentro y entre los países de la región.

En el Capítulo VI se plantea la nueva configuración de prioridades para la universidad latinoamericana, tomando en cuenta la nueva agenda de transformación. Esta agenda -si bien necesaria en una buena parte de sus propuestas- enfatiza las exigencias de respuesta de las instituciones educativas al sector moderno de la economía, sin tomar en cuenta que en estos países los otros sectores no vinculados a la globalización competitiva son mayoritarios. El nuevo discurso modernizador de transformación de la educación superior en la región ha hecho énfasis más en cambios para la competitividad que para la equidad. Se requiere por tanto de un enfoque *integrado* para que todas las necesidades de la población reciban una atención equilibrada. Es tan importante una educación de calidad para responder a la competitividad económica, como una educación que produzca conocimientos y forme profesionales que sean capaces -desde una visión integral y abierta- de contribuir a la dignificación de las condiciones de la vida de todos los sectores de la sociedad.

El capítulo VII centra la atención en la necesidad de crear en los países ó consolidar -en los pocos donde ya existe una incipiente institucionalización- al área de la educación superior como *campo de estudio* en América Latina. Las transformaciones que deben hacerse así como la presión que reciben las instituciones educativas hacia formas más concertadas de calidad, pertinencia y evaluación institucional, requieren la participación de especialistas dedicados a este campo de estudio. Por otro lado, las nuevas percepciones que surgen de un mundo académico en transformación, requieren de nuevas formas operativas de análisis cónsonas con las necesidades particulares de cada institución. En esta área, los especialistas deben trabajar colectivamente en equipos transdisciplinarios y formando comunidades integradas de manera de hacer más relevante su tarea de intermediarios entre las demandas de cambio que hace sociedad a las instituciones educativas, a la vez que deben ser mediadores en las demandas de cambio que endógenamente

surgen desde las propias instituciones en el complejo proceso de mirarse a sí mismas.